

saberlo el Conde de España, mandó á Porredon adelantarse hácia aquel punto con dos mil quinientos hombres y alguna artillería, previniéndole que se apoderase de la poblacion y de su fuerte, mientras el mismo Conde con otro cuerpo de ejército marchaba á situarse en los desfiladeros del Noguera Pallaresa, entre Sort y Esterri, á fin de proteger la operacion. Dominando el valle de Aran, prometíase el caudillo carlista cuantiosos recursos, no solo por ser allí abundantes los ganados lanar y vacuno, sino tambien por las facilidades que dicho país ofrece para el tráfico de contrabando con Francia.

Los cabecillas Pons y Borges marcharon á incorporarse con Porredon, y juntos invadieron el valle, destacando algunas fuerzas con el objeto de recorrer los pueblos para saquearlos, y cayendo con las restantes sobre Viella, cuyos defensores, en número de doscientos hombres, recibieron á tiros al emisario encargado de intimarles la rendicion: débiles, sin embargo, para resistir á la muchedumbre de sus enemigos, cedieron pronto al ataque, refugiándose en el fuerte, que estaba bien artillado con ocho piezas de grueso calibre, y abandonando la poblacion: los que no pudieron hacerlo fueron pasados á cuchillo por los carlistas, que se entregaron al saqueo y á todos los excesos propios de una soldadesca desenfrenada; pero aun se mostraron generosos no incendiando á Viella por los cuatro costados, segun el Conde habia prevenido á Porredon para el caso de que se le opusiera resistencia.

Sitiado el fuerte, vióse desde luego que no era fácil tomarlo sin que costase mucha sangre; y no tentando esta empresa la codicia de los sitiadores, moviéronse disputas entre ellos acerca de lo que debian hacer; con lo cual se perdió bastante tiempo. Avanzaba entre tanto el Baron de Meer con dos divisiones, habiendo antes destacado la tercera, que acababa de penetrar en el valle; y temiendo el Conde verse comprometido en los puntos que ocupaba, mostróse sumamente irritado por la lentitud con que Porredon llevaba las operaciones, y le mandó activar la toma del fuerte, diciéndole que reuniese todas las escalas del valle, y diera inmediatamente el asalto, haciéndolo pasar todo á la bayoneta sin consideracion alguna. En consecuencia, reunió Porredon á los demás jefes, y al participarles lo que el general ordenaba, contestaron Borges y Pep del Oli, que ellos no eran *saltinbanquis* para andar por escalas, ni sus soldados querrian seguirles, y que no entrarían en el fuerte si antes no se abria brecha.

Montáronse entonces dos baterías, cuyos fuegos derribaron parte de un paredon y de una torre; mas cuando se aprestaban los carlistas para dar el asalto, fuéles

preciso levantar el cerco, temiendo la aproximacion de una columna liberal, y obediendo al Conde que les mandaba replegarse á sus fuerzas, seriamente amenazadas por las del Baron de Meer.

Porredon aguardó que se le reuniesen los que habian ido á merodear por el valle, los cuales se presentaron con cuarenta y dos mulos cargados, veinte de ellos con campanas para la fundicion de cañones de Berga, unos doscientos bueyes y multitud de carneros: emprendida la marcha durante la noche, sobrevino una tempestad horrorosa, y casi todo aquel botin, ganados, acémilas, campanas, cayó despeñado por los precipicios de aquellas fragosas montañas, perdiéndose además toda la artillería y pereciendo unos sesenta hombres. Fué necesario hacer alto y encender hogueras en medio de la noche, para evitar el desastre completo de la division, que al fin llegó á Esterri en el estado más deplorable.

Indignado el Conde de España, y atribuyendo la desgracia de aquellas tropas á la impericia de su jefe, quiso sugetarle en el acto á un consejo de guerra; pero atendiendo á las observaciones que algunos le hicieron, se limitó á quitarle el mando de la division, entregándolo á Segarra. Porredon se vengó despues, siendo uno de los que intervinieron en el asesinato del Conde.

La situacion de este era crítica; pues aunque podia reunir bastantes fuerzas, no todas las que habia llamado acudieron á tiempo, y su contrario le cortaba ya la retirada por la Conca de Tremp. Apoyó el Conde su derecha en Sort, y escalonó sus tropas desde Rialp por Llavorsí hasta Tírvia, por una parte, y hasta Esterri por otra, manteniéndose en estas posiciones convenientemente atrincheradas. Al aproximarse Carbó con la tercera division liberal, dejó el Conde un destacamento de observacion en Esterri, y se replegó hácia Tírvia.

Las fuerzas del Baron de Meer avanzaban, entre tanto, en dos divisiones; una mandada por él mismo, y otra, la de vanguardia, á las órdenes del general Clemente. Avistó este al enemigo, al llegar á Sort, el 9 de Diciembre; las avanzadas, que guiaba el brigadier de E. M. Don Manuel Pavía, cargaron á la bayoneta, siendo el ataque tan rápido y bien secundado por los cazadores de PRIM, y por los tiradores que mandaban Don Joaquin Bassols y Don Salvador Damato, que sin disparar un tiro arrojaron á los carlistas de sus posiciones, obligándoles á replegarse en desorden y con bastante pérdida hácia Rialp.

El dia 10 continuaron su movimiento las fuerzas liberales: pronto encontraron á sus enemigos atrincherados y dispuestos á resistir vigorosamente el ataque; duró la

lucha hasta la caída de la tarde, en que se separaron ambos combatientes; pero quedando en poder de las tropas de la Reina Rialp, donde tuvo PRIM nueva ocasión de probar su valor, peleando contra fuerzas quintuplicadas, y ocupando á Llavorsí y otros puntos de la derecha enemiga.

Dispuso entonces el Conde un movimiento para tomar el puente de Escaló: marcha el Barón á impedirlo, y por tercera vez se cruzan las armas y corre abundante la sangre. Dudoso era el éxito del combate, cuando aparecieron en las alturas las columnas mandadas por los brigadieres Salcedo y Foxá, que se apoderaron de todas las posiciones. Los batallones de Borges se vieron cortados, y emprendieron la fuga, yendo á refugiarse en la república de Andorra.

Creyó España, sin embargo, poder tomar la ofensiva, atacando á su enemigo por la espalda, y al efecto, el 12 de Diciembre, situó una compañía de granaderos en observación sobre una altura entre el Tírvia y el Noguera; pero esta avanzada, que debía impedir la entrada del Barón en el inmediato valle, huyó cobardemente al verse sorprendida por algunos cazadores de Zamora, que guiados por PRIM, treparon á dicha altura sin saber siquiera que estuviese ocupada. El capitán de aquella compañía fué degradado en el acto y convertido en soldado raso por el Conde, que privado del apoyo con que contaba, solo pudo ya desplegar algunas fuerzas para impedir el avance de los liberales, y emprender la retirada por un estrecho sendero, donde un poco de actividad habria bastado para cortar y destruir sus derrotadas huestes.

PRIM fué aquel día objeto del más vivo entusiasmo de las tropas: los soldados decían bromeando, que los carlistas *le conocían por el olor*, pues bastaba que él se acercase á ellos para que echasen á correr: en la breve acción que siguió á la fuga de los granaderos carlistas, PRIM, agregado al Estado mayor de Pavía, fué el primero que acuchilló á los carlistas en una carga que se dió con la escolta, y los persiguió intrépido hasta que cayó muerto el caballo que montaba.

Esta incursión al valle de Aran produjo excelentes resultados en favor de la causa liberal, pues con la derrota del enemigo, que dejó en poder del vencedor cuatro piezas de artillería, gran cantidad de municiones, ganado, trigo y toda clase de pertrechos, se consiguió reanimar el espíritu público en aquella comarca. Sin embargo, el triunfo del Barón de Meer pudo haber sido más completo, atendida la marcha precipitada y azarosa que llevó su contrario por derrumbaderos y angostu-



ras, sin dar apenas descanso á las tropas, que á los cuatro dias llegaron rendidas y extenuadas á Oliana.

Mucho decayó el prestigio del Conde de España, que irritado y sombrío, atribuyendo su derrota á las faltas de sus subordinados, se retiró á su cuartel general, resuelto á imponer terribles castigos; y tantos impuso, y con tal aparato de crueldad supo revestirlos, que, aun siendo justos, parecieron odiosos, sublevando contra él todos los ánimos, poseidos de horror y espanto.

## VI.

Antes de terminar el año desapareció de la escena política el ministerio Frias, desahuciado en consulta de los seis expresidentes del Consejo Martínez de la Rosa, Mendizábal, Istúriz, Calatrava, Bardají y Ofalia. Consultados por el mismo Frias sobre la conveniencia de la dimision, unánimes declararon que era inevitable. Con este se contaba en un año tres ministerios y ningun gobierno. Tratándose de reemplazarle, surgieron graves dificultades; porque ninguno de los dos partidos que se disputaban el poder era bastante fuerte para dominar la situacion. Pareció á muchos, y en este sentido se pronunció Istúriz, que lo mejor en aquellas circunstancias seria formar un ministerio de coalicion; "pero las pretensiones exclusivas y exorbitantes de los dos partidos (dice Burgos), no permitieron que prevaleciese el dictámen del diputado gaditano; y los moderados, presumidos á par que impotentes, se lanzaron sobre la triste sucesion de Frias, con el mismo ardor que si se tratase de una rica herencia.,

Encargado Armendáriz de formar gabinete, presentó su lista proponiendo para la presidencia al duque de Gor, y entrando en la combinacion Govantes y Riva-Herrera; pero habiendo manifestado Istúriz en una junta de diputados de la mayoría, que aquello era faltar á la coalicion anunciada, exaltóse Riva-Herrera, y la combinacion fracasó de un modo estrepitoso.

"En este estado (añade Burgos), creyó conveniente la Reina gobernadora consultar al recién llegado de Alaix, y saber de su boca las intenciones y deseos de Espartero. Alaix contestó, que aquel jefe no queria entrar en cuestiones de personas, contentándose con que los designados fuesen intachables. La Reina, que veia por



una parte la nulidad y descrédito de los moderados, que sabia por otra parte la actividad con que trabajaban los círculos ó secciones de los clubs, y en quien, finalmente, habian hecho impresion las observaciones relativas á la necesidad de un gabinete de coalicion, encargó á Alaix que conferenciase sobre el asunto con Olózaga, añadiendo que veria con gusto que se contase con Pita.,<sup>1</sup>

Olózaga rechazó al principio todas las proposiciones que se le hicieron, inclusa la presidencia del Consejo,\* pero reservándose consultar sobre el asunto á las personas importantes de su partido; y de acuerdo con ellas consintió, por último, en formar gabinete, á cuyo efecto presentó sus candidatos, designando para Hacienda al Sr. Aguirre Solarte, que parece tenia el proyecto de proporcionar dinero vendiendo las minas de Almaden. Aquí tropezó la combinacion; porque habiendo formulado Alaix el deseo que habia de que se confiase á Pita aquella cartera, bastó esto para que Olózaga declarase en el acto rota é imposible la inteligencia para formar ministerio. "Entonces fué (dice el biógrafo de Olózaga) cuando Pita, el ministro impuesto, aprovechó la ocasion de una crisis, sin solucion digna y formal, para organizar el que, con asombro suyo, compusieron hombres completamente oscuros hasta allí, como Arrazola y Hompanera de Cos<sup>2</sup>.,

El ministerio de Estado con la presidencia fué conferido á D. Evaristo Perez de Castro; Alaix quedó en Guerra, y la Hacienda pasó á manos de D. Pio Pita Pizarro, que la encontró con 800 millones de ingresos en el papel, y 1,546 de gastos efectivos. En situacion tan poco lisonjera, si Aguirre Solarte habia pensado en vender un pedazo del territorio español por un poco de oro, Pita pensó en regalar á los ingleses la camisa de los españoles á cambio de un empréstito.

Inglaterra seguia en España las tradiciones y prácticas diplomáticas que, durante los siglos xvi y xvii, tanto contribuyeron á consumir nuestra ruina y á engrandecer á otras naciones. Prevaliéndose de los ahogos en que constantemente se vió sumido el Tesoro español á causa de las guerras, los anseáticos, los holandeses y los mismos ingleses arrancaron á los monarcas de la casa de Austria escandalosas franquicias y privilegios comerciales, en remuneracion de servicios dudosos, de alianzas y de prestaciones pecuniarias. El resultado fué que los españoles quedaron desnudos, sin pan y sin medios para ganarlo, al paso que se enriquecian y prosperaban sus

<sup>1</sup> *Anales citados*. Tomo VI.

<sup>2</sup> FERNANDEZ DE LOS RIOS. Obra citada.

prestamistas y aliados, á quienes fueron á parar todo el fruto de nuestros sudores y todos los tesoros de América <sup>1</sup>.

Fiel á estos recuerdos, hacia cuatro años que el señor Williers, embajador de Inglaterra en Madrid, venia trabajando para obtener del Gobierno español un tratado de comercio; y aprovechando el desconcierto que reinaba en la Hacienda y en la política, procuró ganar la opinion; divulgó que la Gran Bretaña apoyaria una negociacion dirigida á proporcionar el casamiento de la reina Isabel con un príncipe austriaco; y siendo el ministro Pita un librecambista decidido y radical (aunque en lo demás poco aficionado al liberalismo), consideró el embajador que la ocasion era oportuna para realizar su plan; se entendió fácilmente con el ministro, y le ofreció dinero á cuenta de lo que produjeran los géneros de algodon, cuya introduccion por nuestras aduanas seria libre pagando módicos derechos. Afortunadamente, la Junta de aranceles se opuso á este proyecto; y aunque para hacerlo triunfar se agregaron á ella personas que podian favorecer los intentos del embajador y el ministro, venció al fin el celo ilustrado de los senadores y diputados catalanes, que lo destruyeron todo.

La industria algodonera, que, á pesar de la guerra, en pocos años habia hecho señalados progresos, se salvó entonces del golpe mortal que, por una aberracion del entendimiento, no han cesado de asestarle despues' hombres que se dicen liberales, y pudo luego desarrollarse y crecer en proporciones asombrosas.

---

<sup>1</sup> Es hoy un hecho demostrado, contra el comun parecer de la mayoria de los économistas, que la abundancia de metales preciosos, traídos á Europa mucho despues del descubrimiento de América, no pudo influir en la decadencia y ruina de España. Lo que influyó fué el abandono de las artes y de la industria, efecto de muchas causas, y entre ellas la codicia de los que emigraban al Nuevo-mundo en pos de una mentida riqueza. Pero es completamente falso que aquellos metales viniesen á encarecer la produccion española; porque no vinieron á España, y lo poco que vino fué *de tránsito* para pagar empréstitos, suministros de tropas, lujo de la corte y mercancías, todo ello extranjero, proporcionado y manejado por extranjeros. Esta es la verdad, que salta á la vista en cada página de nuestra Historia, desde Carlos I, hasta Fernando VI.

## CAPÍTULO XI.

1839.—Preliminares de paz.

---

SUMARIO.—Aspecto general de la guerra al comenzar el año 1839.—Operaciones en Cataluña: PRIM se distingue en el sitio y toma de Ager, y en las acciones de Biosca y Casa de Estany.—Vandalismo del Conde de España: incendios; destruccion de Ripoll.—Relevo del Baron de Meer.—Desconcierto y anarquía entre los carlistas del Norte: fusilamientos en Estella: energía de Maroto.—Plan de Espartero: sus repetidos triunfos.—Leon en Navarra: O'Donnell contra Cabrera.—Convenio de Vergara, y expulsion de D. Carlos á Francia.

### I.

El año de 1839, de feliz memoria por haberse echado en él los cimientos de la paz con el sublime abrazo de Vergara, nos legó, sin embargo, los más dolorosos recuerdos de mortandad y estragos, con que sació su furor el mónstruo agonizante de la guerra.

Presentíase ya, se deseaba el término de la fratricida contienda en las provincias del Norte al comenzar el año; y solo el pundonor, la consecuencia con la fé jurada, por una parte, y el fanatismo intransigente, por otra, mantenian las armas en manos de los carlistas, cuyas profundas discordias, habilmente atizadas por agentes cristinos, habian llegado al colmo de la irritacion. D. Carlos no era ya el ídolo de aquellos pueblos, que viéndole supeditado á los malos consejos de hombres despóticos, rencorosos é ineptos, y reconociéndole incapaz de ejercer la autoridad real en bien de la nacion, comprendian la inutilidad de sus sacrificios. Hasta en la corte de aquel príncipe, los personajes más elevados y adictos al mismo se condolian de su conducta errónea y perniciosa, y culpando á los que le rodeaban, habian llegado á decir:



—“¿ Cuándo viene Maroto con un par de batallones para cortar las cabezas á los pícaros que aquí tenemos ?,”

Pero aquellos *pícaros*, como los llamaban, y otros que ejercian mando en el ejército carlista, conspiraban de mil modos contra Maroto, procurando desacreditarle, indisponiéndole con D. Carlos, acusándole de traicion, entorpeciendo sus operaciones, incitando á sus tropas á la rebellion, y maquinando asesinarle. Tan público era esto, se hacia con tanto descaro, que Maroto, avisado por muchos jefes, oficiales y paisanos, presentó varias veces su dimision; y no siéndole admitida, reiteró sus quejas á D. Carlos para que tomara providencias, “antes que haciendo uso de la autoridad que él mismo le habia conferido, las tomase por sí, con mengua de la dignidad del príncipe.”

Maroto se sentia con fuerzas para hacer lo que decia, tanto más cuanto que la conspiracion de los apostólicos no era dirigida solo contra él, sino contra todos los que llamaban castellanos y suponian ser de su partido: contaba, pues, con el apoyo de muchos jefes, como él amenazados de muerte, y además con la fidelidad de sus tropas, que le querian y respetaban; y sin embargo, tan crítica llegó á ser su situacion, que se hallaba reducido á la impotencia de acometer operacion alguna por falta de confianza en sus principales subordinados.

Conociendo Espartero la discordia que devoraba á los carlistas, procuró fomentarla y agravar los males que les acarreaaba la guerra, seguro de que por estos medios ellos mismos pedirian la paz: comenzó á internar con desusado rigor á los padres y hermanos de los que llevaban las armas, expulsándolos del territorio ocupado por las tropas liberales, y confiscando sus bienes; al mismo tiempo dejaba ir algunos jefes y oficiales prisioneros á esperar entré sus compañeros la ocasion de ser cangeados, encargándoles que inculcasen ideas de reconciliacion, y entre tanto se preparaba á emprender una campaña asoladora al interior del país enemigo, “llevando en una mano la oliva, y en la otra la tea, sin contemplacion ni debilidad,” convencido de que este sistema, duro y cruel en apariencia, seria el que diese á menos costa resultados más prontos y positivos.

Mientras llegaba el momento de obrar, permanecia Espartero con su ejército en la Rioja, observando á Maroto, que se hallaba en Estella. Solo un rudo encuentro hubo, el 2 de Enero, en las alturas de Ampuero, entre las fuerzas mandadas por el general Castañeda y los carlistas que operaban en la provincia de Santander. A este combate, que costó mucha sangre y grandes pérdidas á los liberales, siguió una cal-

ma, precursora de terribles tempestades. Los carlistas vencedores en Ampuero se dividieron entre sí por la rivalidad de sus jefes.

Diferente aspecto que en el Norte presentaban en el Centro las cosas de las guerra. El poder de Cabrera llegaba á su apogeo : aunque tenaz y activamente combatido por jefes de gran valor y pericia, como Van-Halen, Azpiroz, Iriarte, Ayerve y Mir, aquel caudillo veía cercano el momento de realizar sus vastos planes, y se mantenía firme en el territorio que dominaba, extendiéndolo de día en día, y fortificando varios puntos estratégicos, que le permitiesen tomar en breve una ofensiva resuelta. Disponía, á principios del año, de unos diez y nueve mil hombres de todas armas, y calculaba tener veintidos mil para el próximo verano, en cuya época se proponía caer sobre Madrid. No le faltaban rivalidades en su campo, ni envidiosos que aspirasen á suplantarle en el mando ; pero el genio domina siempre, y no se puede negar á Cabrera el genio de la guerra : con su carácter enérgico se sobreponía á todos, y allí no había más voluntad que la suya. Querido y respetado de sus tropas, temido en el país, bastaba el prestigio de su nombre para allanarle las mayores dificultades y proporcionarle recursos, que sabía multiplicar con su gran actividad. Cantavieja, Morella y Mirambell le proveían de municiones ; las fértiles riberas de Valencia y de Castellon, los pueblos que baña el Júcar y el Jiloca, y otros más apartados le suministraban víveres y pertrechos : carecía de armas suficientes, y mandó por ellas á Inglaterra.

La casualidad hizo caer en manos del Gobierno de Madrid una correspondencia de Cabrera, dirigida al cuartel de D. Carlos : por ella se enteró el Ministerio de los planes del jefe carlista, que le pusieron en gran cuidado, y pudo conocer que aquel le superaba mucho en recursos y en crédito.

Así era, en efecto : el Gobierno, que acababa de suspender las sesiones de las Cortes, para poder ocuparse con desembarazo en los asuntos de la guerra, se encontraba con todos los contratos concluidos, los parques y los almacenes vacíos, las fábricas de armas cerradas por falta de dinero ; y habiéndose dirigido á Inglaterra en demanda de 12,000 fusiles, que había pedido el anterior ministerio, le fueron negados. Entre tanto, nuestros aliados los ingleses se comprometían á entregar á Cabrera en un breve plazo 30,000 de aquellas armas, de las cuales unas ocho mil estaban ya embarcadas y en camino de los Alfaques.

A principios de Enero emprendió Cabrera sus operaciones, llamando sobre muchos puntos á la vez la atención de las fuerzas liberales : bloqueaba á Lucena, como

punto avanzado de importancia para extender su dominacion á la Plana y huerta de Valencia ; ponía sitio á Villafamés, que hizo levantar Azpiroz ; presentábase de pronto en las llanuras de Murviedro, mientras en cumplimiento de sus órdenes, recorría Llagostera el bajo Aragon siguiendo el valle del Jiloca, Forcadell la provincia de Castellon, Polo la de Sigüenza, y Arnau la de Valencia , por Liria, Chelva y Requena.

La suerte no favoreció , sin embargo , á los carlistas durante los primeros meses del año : todo lo más que conseguían era fatigar á los liberales con su continua movilidad. A principios de Febrero, el comandante general de la provincia de Cuenca, D. Martin José Iriarte, salió al encuentro de Arnau, y le batió completamente en los campos de Utiel, causándole pérdidas considerables. Casi al mismo tiempo era apresado por los faluchos guarda-costas, en las aguas de los Alfaques, el bergantín inglés que conducía los ocho mil fusiles para Cabrera , los cuales con el buque fueron llevados á Barcelona. Van-Halen hacia fortificar á Onda y Almenara , cortando por este medio la comunicacion que tenían establecida los carlistas para sacar del reino de Valencia el fruto de sus rapiñas.

Estas contrariedades y los refuerzos que el Gobierno empezó á enviar al ejército del Centro pusieron á Cabrera en situacion algo apurada ; pero pronto salió de ella, trasladándose á las orillas del Ebro , entre Sástago y Escatron , y mandando dos columnas á recorrer las cercanías de Zaragoza y los pueblos de ambas riberas , en donde recogieron abundancia de granos y ganados y toda clase de recursos.

Los encuentros eran frecuentes en varios puntos, y la guerra del Maestrazgo continuaba haciéndose con tal ferocidad , que hubo de intervenir D. Carlos para templanla, desaprobando la conducta de Cabrera, y mandándole decir por medio del Obispo de Leon, que moderase sus procedimientos, con los cuales *él habia dado lugar á las represalias* de los enemigos , que hacian desaparecer diariamente de la escena política infinidad de personas realistas, y se ocasionaban crueles padecimientos á los más fieles vasallos de aquel país, *cuyas reclamaciones justas y afflictivas conmovian á lástima.*

A consecuencia de estas órdenes, que honran seguramente los sentimientos humanitarios de D. Carlos, mediaron comunicaciones entre Cabrera y Van-Halen, y se ajustó un convenio para regularizar la guerra y establecer el cange de prisioneros.

Entre tanto que se llevaban á cabo las negociaciones, fortificaba Cabrera el pueblo de Segura, y necesitando para su defensa una guarnicion considerable, quiso



obligar á los habitantes á tomar las armas; pero se negaron, y entonces mandó arrasar la iglesia con otros edificios públicos y hasta trescientas cincuenta casas, viéndose sin abrigo unas mil seiscientas personas, que se refugiaron en otros pueblos y en las cuevas de los pinares.

Ayerve marchó contra Segura, y Cabrera se aprestó á resistirle con numerosas fuerzas: encontráronse en las alturas de la Fuen de Minuesa; peleóse arduosamente por ambas partes, y los liberales quedaron victoriosos, aunque á costa de grandes sacrificios: las pérdidas de unos y otros combatientes ascendieron á trescientas bajas. Sin embargo, la guerra en aquel terreno era favorable á los carlistas, y á poco se estrellaron los planes de Van-Halen ante el castillo de Segura, que no pudo tomar, viéndose obligado á emprender una retirada, que amenguó su prestigio y le puso en el caso de dimitir el mando.

La situacion cambió completamente desde entonces, mostrándose la fortuna favorable á Cabrera, cuyos subalternos invadian impunemente á Brihuega, tenían en alarma á Teruel y Alcañiz, amenazaban á Valencia y otros puntos de la costa de Levante, sorprendian y atacaban destacamentos, y se apoderaban de algunos fuertes. Durante aquella primavera tomó tal incremento la faccion del Centro, que el Gobierno llegó á concebir serios temores, y creyó necesario que Espartero acudiese á levantar con su presencia el abatido espíritu del ejército y del país; pero aquel general no podia separarse del Norte, donde veia cercano el fin de la guerra, y solo con sentimiento consintió en desprenderse de O'Donnell y algunos otros jefes de su confianza.

En las provincias de ambas Castillas, en Extremadura, Asturias y Galicia existian partidas sueltas, más ó menos importantes, que no dejaban de molestar á las tropas de la Reina; dando que hacer al Gobierno y causando extorsiones á los pueblos.

## II.

Muy diferente aspecto presentaba Cataluña al comenzar el año. Desde la desastrosa retirada del valle de Aran, el Conde de España no habia vuelto á dar señales de existencia, como no fuese para imponer terribles castigos á cuantos tenían la

desgracia de cometer alguna falta ó de incurrir en su desagrado. Los carlistas murmuraban contra su inaccion, y aspiraban á sacudir el yugo del tirano, que invertia el tiempo en persecuciones y crueldades, en vez de conducirlos á la victoria.

El Baron de Meer, por su parte, se disponia para abrir la campaña, empleando al efecto algunos medios arbitrarios, que aunque nacidos de un buen celo é impuestos por la fuerza de las circunstancias, no dejaron de motivar fuertes censuras en las Córtes y la reprobacion del Gobierno. Procedia el Baron dictatorialmente, sin otras miras que las de llevar adelante la guerra y procurar el bien del país, y á fin de economizar gastos y cubrir con desahogo las necesidades del ejército, rescindió varias contrataciones y destinó á las atenciones de aquel todos los recursos del Principado. Combatido por estas y otras disposiciones semejantes, presentó su dimision, que no le fué admitida entonces, por considerarse difícil su reemplazo.

Las operaciones militares en Cataluña fueron, por consiguiente, nulas durante el mes de Enero, limitándose todo á preparar los medios para emprender la próxima campaña. Solo el dia 29 hubo un encuentro serio, cerca de Vacarisas, entre las fuerzas mandadas por el brigadier Villalonga y el coronel Ametller, que iban custodiando un convoy á Cervera, y las de Ibañez, Vilella, Marcó y otros, que con trescientos hombres intentaron oponerse á su paso. Aunque el ataque de los carlistas fué impetuoso y costó mucha sangre, viéronse aquellos rechazados, y el convoy siguió intacto á su destino.

El Baron de Meer se puso en movimiento á principios de Febrero, marchando rectamente por Cervera y Balaguer, hasta el confin de la provincia de Lérida: proponíase tomar la villa fuerte de Ager, poblacion importante por sus defensas naturales y por su posicion topográfica entre los dos Nogueras, siendo la clave de la cordillera que se extiende al Norte hasta las faldas de la Maladeta y valle de Aran, y punto de enlace para las operaciones de Cataluña con el Alto Aragon: teníanla, por consiguiente, los carlistas bien fortificada y provista de toda clase de recursos y pertrechos, y guarnecida con seiscientos hombres, número suficiente para poder resistir un largo sitio, atendidas las ventajas de la localidad.

Basaba el Baron en la toma de Ager el buen éxito de la campaña de la primavera, y asegurándole el triunfo la inaccion en que permanecia el Conde de España, se presentó el 8 de Febrero delante de aquella plaza, cuyos defensores se mostraron resueltos á sostener el ataque, fiados en la proximidad de algunas fuerzas que podian acudir á socorrerlos. Hasta el dia 11 no estuvo en posicion la artillería de